

EL PADRE DEL NOMBRE Y LOS NOMBRES DEL SUJETO EN LAS PSICOSIS.

Autores: Ernesto Vetere

e-Mail: ernestovetere@yahoo.com.ar

Palabras clave (Keywords): padre psicosis nominación saber

Resumen

En el trabajo se aborda la figura del padre en las psicosis desde un sesgo particular: el de su articulación con el saber y con el nombre propio, efectuando, para tal propósito, el análisis de un caso clínico cuyo valor fundamental radica en el hecho de haber interrogado las teorizaciones del autor sobre el tema en cuestión.

Una de las referencias principales del marco teórico utilizado, es la topología nodal introducida por Jacques Lacan en la última etapa de su enseñanza con el fin de poder formalizar mejor los efectos de su clínica. A partir de algunas originales ideas que Lacan formula especialmente en los seminarios 22 y 23, se abre entonces una nueva puerta que provocó una verdadera transformación de la clínica misma y que trajo aparejados profundos cambios en la teoría y práctica psicoanalíticas, particularmente en el campo de las psicosis.

En relación con la temática del padre, este momento de la enseñanza de Lacan está signado por dos cuestiones esenciales: por un lado, la pluralización del significante del Nombre del Padre, esto es, los nombres del padre -lo real, lo simbólico y lo imaginario-; y por el otro, el desplazamiento que se produce del Nombre del Padre al Padre del nombre. De ahora en más el acento estará ubicado en el padre que nombra, y así la nominación se convertirá en una operación esencial que distingue a los tres registros. En términos topológicos, se trata de un cuarto anillo que anuda a los otros tres formando la estructura del sujeto –cabe recordar que el nudo borromeo es la estructura subjetiva-.

Subrayar esta función nominante del padre nos podría habilitar entonces a considerar no sólo a los nombres del padre sino también a los nombres del sujeto, entre los cuales podríamos situar al nombre propio.

Las puntualizaciones precedentes constituyen el punto de partida para la elaboración de una articulación teórico-clínica que contribuya para el delineamiento de una propuesta terapéutica para el tratamiento de las psicosis. El caso clínico que se presenta nos muestra como un sujeto afectado por una falla en la nominación paterna pudo construir un recurso singular: el anudamiento entre saber y nombre propio que, al pertenecer al registro de la letra, favorecieron la localización del sujeto en la cadena significativa pero también la obtención de una satisfacción pulsional. En términos topológicos, dicho anudamiento producido en transferencia puede entenderse como un intento de reparación de la falla de la estructura subjetiva que permitió al sujeto reencontrarse con su falta para relanzar su deseo.

Trabajo Completo

EL PADRE DEL NOMBRE Y LOS NOMBRES DEL SUJETO EN LAS PSICOSIS.

Por Ernesto Vetere

*“Papá ha volado a través del océano
dejando sólo un recuerdo,
una instantánea en el álbum familiar
Papá, ¿qué más dejaste para mí?”*

Otro ladrillo en el muro, Pink Floyd

Introducción

Me referiré a la figura del padre en las psicosis desde un sesgo particular: el de su articulación con el saber y con el nombre propio, valiéndome para tal propósito, del análisis de un caso clínico cuyo valor fundamental radica en el hecho de haber agujereado mis teorizaciones respecto del tema en cuestión.

La singularidad inherente a la estructura psicótica nos convoca, una y otra vez, a interrogar algunos de los conceptos establecidos por la doctrina psicoanalítica y nos invita a intervenir artesanalmente y desde la heterodoxia. Esta posición clínica de base quizás nos permita no solo cumplir con la célebre consigna que con valentía y lucidez alguna vez Lacan nos propuso, “no retroceder frente a las psicosis”, sino además animarnos, tal como lo vienen haciendo varios analistas de diferentes escuelas, a tratar de “avanzar *con las psicosis*”.

El Padre del nombre y los nombres del sujeto

A partir de los reiterados intentos de formalización de algunas originales ideas que Lacan ensaya especialmente en los seminarios 22 y 23, se abre una nueva puerta: la nodalización de la clínica psicoanalítica. Verdadera transformación de la clínica misma que trae aparejados profundos cambios en la teoría y práctica psicoanalíticas, particularmente en el campo de las psicosis.

En relación con la temática del padre, este momento de la enseñanza de Lacan está signado por dos cuestiones esenciales: por un lado, la pluralización del significante del Nombre del Padre, esto es, los nombres del padre -lo real, lo simbólico y lo imaginario-; y por el otro, el desplazamiento que se produce del Nombre del Padre al **Padre del nombre**. De ahora en más el acento estará ubicado en el padre que nombra, y así la **nominación** se convertirá en una operación esencial que distingue a los tres registros. En términos topológicos, se trata de un cuarto anillo que anuda a los otros tres formando la estructura del sujeto –cabe recordar que el nudo borromeo es la estructura subjetiva-.

Subrayar esta función nominante del padre nos podría habilitar entonces a considerar no sólo a los nombres del padre sino también a los **nombres del sujeto**, entre los cuales podríamos situar al **nombre propio**.

El nombre propio -que propongo no circunscribir al nombre de pila y al apellido sino también a los apodos y a otro tipo de nominaciones- es una marca superpuesta al objeto que designa y tiene un carácter identificatorio, razón por la cual se distingue de otras marcas. Será precisamente ya desde el seminario dedicado al tema de la identificación que Lacan ligará el nombre propio a la relación entre “la emisión nominante y algo que en su naturaleza radical es del orden de la letra” (Lacan, J. 1961: clase del 20-12-61). Si el nombre se puede leer, si se trata de “una marca abierta a la lectura”, como agregará el maestro francés un par de años más tarde (Lacan, J. 1963: clase del 20-11-63), nos remite a la letra como litoral entre saber y goce. El nombre permite la caída de un goce y a la vez la fijación a otro.

El nombre porta una doble cara: al tiempo que sostiene la ilusión de una entidad autónoma, está enfrentado con un vacío en la dimensión del sentido. La ambiciosa pretensión misma del nombre reviste una imposibilidad estructural: la designación del ser. En palabras de Lacan: “detrás de lo que es nombrado lo que hay es innombrable” (Lacan, J.1981: clase del 12-05-55).

Estas consideraciones preliminares bastan para establecer una primera relación entre nominación, nombre propio y sujeto: un sujeto es lo que se nombra y lo que la nominación nombra es del orden de una falta.

Falta, entonces, introducida por el acto de nominación del padre, que permite ofrecer un lugar a quien es nombrado, a quien recibe la marca del nombre propio -y

esta vez sí, especialmente del apellido-. De este modo, el hijo es insertado en una genealogía que lo convierte en el sucesor del padre. En este sentido, y tomando como referencia las nociones de ordenación y numeración que Lacan trabaja en el seminario “De un discurso que no sería del semblante”, Erik Porge formula: “Lo incertus, lo desconocido será el cero y la nominación el uno. Cada nominación de un padre se efectúa sobre el fondo de lo “no conocido”, del “cero conocido”. La operación de nominación se repite cada vez y se necesita de una ordenación para distinguir a todos los unos (abuelos, hijos, nietos)” (Porge, E. 1993: 35). Llegados a este punto, comparto con el lector el siguiente interrogante: si un sujeto no es debidamente nombrado, ¿qué lugar tendrá a su disposición?

Un nombre sin padre, un hijo sin nombre.

Carlos Pérez, supongamos que así se llama mi paciente. Carlos Pérez se llamaba su abuelo, también su padre y su hermano mayor, quien murió antes del nacimiento de aquel. No hay segundos nombres ni apodos ni nada que los distinga. Tal es así, que cuando dice Carlos Pérez resulta imposible saber de quien está hablando. Sólo una diferencia de nombres se va despejando con el transcurso de las sesiones: a su padre prefiere llamarlo Pérez, mientras que él se reconoce, no sin alguna reticencia, como Carlitos, diminutivo puesto por la madre y que lo deja atrapado en un sitio gobernado despóticamente por el capricho del Otro. Madre omnipresente que aparece incluso mimetizada en el cuerpo de alguna prostituta allí cuando Carlitos intenta tener relaciones sexuales, las que, claro está, resultan imposibilitadas por la irrupción de este goce incestuoso.

La figura de su padre, fallecido hace cinco años, no cesa de retornar. Su sombra acecha, su radical indiferencia aplasta y elimina la posibilidad de construir un lugar en él para su hijo. La crudeza de esta verdad no le impide al sujeto verbalizarla: “Pérez no me quería, yo no existía para él”. Ni siquiera con las numerosas crisis que el paciente sufrió a lo largo de su vida y que requirieron de varias internaciones, logró que el padre se conmoviera. Buscando desesperadamente descubrir en análisis algún recurso otorgado por el padre, mi paciente llega con el correr del tiempo a esta certera conclusión: “Pérez no servía para nada”. Ante esta taxativa aserción, cabe preguntarnos: ¿cómo servirse de un

padre que no sirve para nada? ¿Cómo prescindir de su figura ante la imposibilidad de servirse de él?

Las psicosis revelan una verdad de estructura, a saber, que la ausencia radical de padre determina su presencia en exceso y la correlativa falta de lugar para el hijo. En el caso que estamos analizando, esta atopía del sujeto se evidencia en una conducta sostenida por el paciente durante gran parte de su vida. Al no soportar su estadía durante un tiempo prolongado en su casa, Carlos viajaba por todo el país. Se iba hasta “Retiro”.¹ se tomaba el primer micro que salía, se dirigía al nuevo destino donde abordaba otro micro, el primero que pasaba, repitiendo incansablemente este circuito. El único espacio en el que se sentía cómodo y seguro era dentro del micro: sólo se trataba, según sus dichos, de “andar”. Un andar que no hace camino, un andar que continúa luego de la muerte de su padre, pero con una sensible diferencia: ya no necesita irse tan lejos. Sale a caminar durante toda la noche, sin rumbo por las calles de la ciudad hasta la llegada del amanecer, momento en el que ante el recrudecimiento de sus síntomas en presencia de la cantidad de gente que a esa hora ya empieza a circular, regresa a su casa.

A través de esta tendencia errática, el sujeto denuncia la arrolladora omnipresencia del Otro pero, a la vez, construye un recurso frente a ella, aunque más no sea para conseguir mediante esta fáctica distancia un poco de alivio. No obstante, es oportuno resaltar que la utilización de este recurso es tan necesario como insuficiente. Frente a esta singular situación, entonces, el desafío terapéutico inicial consistió en poder generar por lo menos las condiciones básicas para que un tratamiento sea posible con este sujeto errante, no obstaculizando su deambulación -incluso, en algunas ocasiones directamente aconsejándola- pero, al mismo tiempo, procurando ofrecer ciertos puntos de amarre que le permitan alojarse en la relación transferencial. Transferencia que para producirse requiere de la constitución de dos lugares: el del sujeto y el del analista.

Los encuentros se realizan en la casa del paciente, donde vive solo con su madre. Al armar la escena del análisis “in situ”, el escenario de su vida cotidiana se va transformando. A mi entender, la presencia real del analista “ahí” introdujo: en lo real un corte, al provocar en el vínculo madre-hijo una mediatización favorecedora

¹ Tal es el nombre de una de las terminales de ómnibus más conocidas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

de una efectiva separación entre ellos; en lo imaginario, un soporte especular diferente al ubicarse el analista en su relación con el analizante como semejante; y en lo simbólico, la posibilidad a mediano plazo de fomentar la simbolización del par ausencia-presencia del Otro -y de los otros- que contribuye a su horadación.

Las sesiones se despliegan con grandes silencios que no obstante no incomodan, es más, creo que apaciguan. Sólo son matizados con unas pocas oraciones sueltas y aisladas que el paciente extrae de algún libro -los de literatura, filosofía y psicoanálisis son los de su preferencia- o del recuerdo de palabras dichas por psiquiatras que lo atendieron en otros momentos de su vida. Del discurso de estos psiquiatras repite aforismos que no producen ningún efecto, que no tocan en nada algo del orden de su subjetividad sino, por el contrario, lo estancan cada vez más en un “ser esquizofrénico”.

Con el correr del análisis estas sentencias doctrinales se convierten en un material que, vía su cuestionamiento, empiezan a delinear un principio de diálogo entre paciente y analista. Diálogo que fue aportando una plataforma de base para que Carlos, instalándose lentamente en esta nueva e inédita interlocución, vaya arriesgando alguna frase de su autoría. Recuerdo, entre muchas otras, cuál fue la primera. Refiriéndose a sus ideas de persecución, conmovido, comenta: “Cuando alguien me persigue no estoy tan solo”. Es él mismo quien cada vez aclara si la oración proferida es de su cosecha. Estas frases, al permitirle al sujeto implicarse en los problemas que lo aquejan, sí van teniendo efectos promisorios dentro y fuera del análisis y muchos de los padecimientos que lo atormentaban van de a poco atenuándose e incluso en algunos casos desapareciendo.

A esta actividad el paciente la llama “hacer poesía”. Producciones poéticas en las que el sujeto cree y que las crea directamente en las sesiones o en las salidas nocturnas previas a las mismas. Dichas salidas no sólo le van robando algunas horas al día sino que, además, van realizándose con un ordenamiento introducido por la elección de ciertos puntos de referencia en el trazado del recorrido. Y estos lugares, espontánea pero especialmente escogidos en función de recuerdos de vivencias pasadas, ofician de auténticos remansos donde Carlos se toma una pausa y deja vía libre para el surgimiento en su cabeza de estas frases que luego comparte en análisis. El “hacer poesía” constituye para el análisis un “hacer saber”, incluyendo sus dos acepciones posibles: transmitir el saber pero también producirlo.

De esta manera, se efectúa el desplazamiento de un saber referencial a un saber textual, “saber inconciente del cual un sujeto puede descifrarse” (Lacan, J. 1973: clase del 13-11-73), pero, me permito agregar, no sin antes localizarse. Y esta localización del sujeto sugiere pistas para la localización del analista al preparar el terreno para la aparición de una explícita demanda que termina de circunscribir el lugar del analista. Una palabra, y el pedido que vehiculiza, comienzan a preceder la verbalización de algunas de estas frases: “anotala” dice el paciente. El analista es convocado así a desempeñar su función de secretario, de escribiente que confirma el saber inventado por el sujeto convirtiéndolo en letra. Precisión de lugares que propicia lo que llamaré un *saber hacer con el hacer saber*, tarea entonces que le compete tanto al sujeto psicótico como al analista, ubicados en lugares semejantes pero dispares a la vez.

Un hombre en busca de un nuevo nombre...

Y si bien el analista lo confirma, ese saber nuevo exige ser refrendado con la firma del sujeto. Tal es el criterioso designio de Carlos. Pero ¿con qué nombre propio puede apropiarse de este saber? El filósofo José Saramago para el epígrafe de su obra *Todos los nombres* toma prestadas del Libro de las Evidencias las siguientes palabras: “Conoces el nombre que te dieron, no conoces el nombre que tienes” (Saramago, J. 1997: 10) En el caso de nuestro paciente, ni Perez -apellido que el padre no le terminó de dar- ni Carlitos -nombre que la madre le dio pero al precio de su arrasamiento subjetivo-, están a su disposición para firmar su obra. Ahora bien, ¿qué nombre tiene pero aún no conoce? El nombre que se invente. Y el que eligió está conformado por dos letras: C P, que “coinciden” con las iniciales de su nombre. Digo coinciden porque ante mi ingenua pregunta en ese sentido el paciente con una sonrisa complaciente y sugestiva, me responde “no”, repitiéndome las dos letras mencionadas: C P.

Anudamiento entre saber y nombre propio que al pertenecer al registro de la letra permiten la localización del sujeto en la cadena significativa pero también la obtención de una satisfacción pulsional. En términos topológicos, considero que dicho anudamiento producido en transferencia puede entenderse como un intento de

reparación de la falla de la estructura subjetiva que le permite al sujeto reencontrarse con su falta para relanzar su deseo.

Propongo llamar a este acto *autonomización* –aunque no sin el otro, en este caso encarnado en el analista- que propicia el renacimiento del sujeto. Nuevo nombre que lo despoja de los anteriores: de “Carlitos”, también de “esquizofrénico” - nombre que intenta designar el ser, y que, como todo ser es ser para el Otro, lo deja cosificado en una posición de impotencia (no puede trabajar, no puede tener relaciones con mujeres, etc)-. Nuevo nombre que le otorga un lugar desde el cual poder soportar mejor los embates de su madre, dejar de apoyarse en las aforismos vacíos de sus psiquiatras y no padecer tanto el incesante retorno del fantasma de su padre. En relación con este último punto, me pregunto: ¿podrá nuestro sujeto prescindir de la figura de su padre a condición de servirse de su nuevo nombre?

Finalizo este trabajo compartiendo con el lector una de aquellas frases creadas y firmadas por el paciente: “he avanzado en la poesía el psicoanálisis y el dolor”. Avance, entonces, que anuncia la construcción de un camino, no sin dolor pero tampoco sin poesía. Camino a transitar por dos caminantes, analizante y analista. Camino que ahora cuenta con un horizonte más claro pero que, como cualquier otro, sólo puede seguir haciéndose...al andar.

Bibliografía.

- Allouch, J. (1990). *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*. París: E.P.E.L,
- Lacan, J. (1982). *El seminario, Libro 2, Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.: (1984). *El seminario, Libro 3, Las Psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós,
- Lacan, J. (1961-62). *El seminario, Libro 9, La identificación*. Inédito, traducción de Ricardo Rodríguez Ponte.
- Lacan, J. (1973-74). *Seminario 21, Los no incautos yerran o los nombres del padre*. Inédito, versión CD.
- Lacan, J. (1974-75). *Seminario 22, R.S.I*. Inédito, versión crítica de Ricardo E. Rodríguez Ponte.
- Lacan, J. (1975-76). *Seminario 23, El síntoma*. Inédito, versión crítica de Ricardo E. Rodríguez Ponte.
- Lacan, J. (1987). "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis", en *Escritos II*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Miller, J-A. y otros. (2005). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Paidós.

- Porge, E. (1997). *Los Nombres del Padre en Jacques Lacan. Puntuaciones y problemáticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rodríguez Ponte, R. (1998). "Psicoanálisis y Psicosis: una cuestión ética". Intervención en la mesa-debate sobre *Variantes de la cura-tipo*, inaugural del Coloquio de Verano del mismo nombre, convocado por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, los días 7, 8 y 9 de Enero de 1998.
- Rodríguez Ponte, R. (1995). *El Seminario «El síntoma»*. Una introducción. Seminario-taller en la Red de Seminarios de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1995. Publicado en fichas.
- Saramago, J. (1997). *Todos los nombres*. Argentina: Punto de Lectura.
-